RINCON literario

UN CUENTO DE MIEDO

UNA NARRACION DE

MANUEL ALONSO ALCALDE

Ilustración de LUIS VIVERO

¿Tú no sabes por qué andaba tan revuelta la policía de Nueva York? Era un caso asombroso. Todas las grandes rotativas publicaban ediciones extraordinarias, y los altavoces de la radio daban noticias sin cesar un momento. ¿Y es posible que tú no lo sepas? Pues no se hablaba de otra cosa en el mundo. Verás.

El laboratorio de Mr. Roberston estaba en plena Quinta Avenida. Era un magnífico edificio lleno de ventanales y de luz. En el interior, los ejércitos de alambiques y retortas brillaban como pompas de jabón, reflejando achicadas las ventanas.

Mr. Roberston era un hombre decidido; hacía cosas extraordinarias y emprendía continuamente nuevos experimentos. Pero desde que sucedió aquello, la policía selló puertas y ventanas, y mandó pintar todos los cristales. No era para menos.

Mr. Roberston se quedó a trabajar aquella noche. Urgía tanto lo que traía entre manos, que no podía abandonarlo. Cuando salieron los demás, él apagó las luces, bebió una taza de café, porque no estaba acostumbrado a trasnochar, y se sentó en su taburete a observar unos matraces cuyo contenido hervía a las llamas de los Bunsen. El silencio era casi absoluto: algún golpe de tos de Mr. Roberston y el ruido persistente e insignificante de los líquidos en ebullición. La oscuridad ocupaba el laboratorio. Sólo los pequeños puntos de luz de los mecheros de gas lucían...

Así pasaron algunas horas; tres o cuatro. Mr. Roberston, en la misma postura, daba ya cabezadas. Era la falta de costumbre, la monotonía y el silencio. Al fin, después de intentar desvelarse paseando un poco por el laboratorio y mojándose los ojos, dejó caer la cabeza entre las manos y así, junto al mechero de gas que ponía puntos de luz en todos los cristales, se durmió...

Fue entonces, precisamente entonces, cuando se abrieron, sin que nadie las abriera, las dos hojas de cristales del ventanal que daba al Norte. Una luz cárdena, morada, rara, iluminó el laboratorio. Un vientecillo frío le recorrió todo él, y la llama del gas se apagó de repente. Duró sólo un instante. La luz se fue condensando y alargando por momentos, tomando forma humana, inexplicablemente. Después... ¡Dios! ¡Un aparecido!

Sí. Era él. El alquimista. El mago. Estaba allí dispuesto a trabajar, vestido con un sayal largo y oscuro y luciendo una barba larguísima, lívida y azul. El perfil indefinido se confundía con el halo de luz que le rodeaba.

Se acercó a un hornillo apagado y sopló. Una llama larga salió de allá. El aparecido acercó entonces las manos para coger de allí cerca una retorta. Pero sus dedos pasaron entre ella sin tocarla, sin moverla, sin poderla coger. Se había olvidado de que era sombra todavía. Y llegando otra vez al hornillo, dijo algunas palabras sobre él. La llama se extinguió de repente, pero de entre los carbones salió una humareda densa; puso las manos allí como si fuera a calentárselas, y las manos fueron poco a poco haciéndosele consistentes, seguras, humanas; se había enguantado la carne. Y ya con manos verdaderas, y no de sombra, pudo coger frascos, poner a hervir alambiques y revolver líquidos.

Y mientras tanto, Mr. Roberston dormía...

Pero tú no sabrías nunca, si yo no te lo dijera, quién era el mago y por qué estaba allí. Y eso es precisamente lo que yo sé bien. Es una historia casi inverosímil, antigua, extravagante. Tú, acaso, ni la creas. Pero escúchame hasta el fin, escúchame ahora que ninguno de los dos me oye.

El escenario ha cambiado por completo. Claro que de esto hace cuatrocientos años. Estamos en el

MANUEL ALONSO ALCALDE

Nació en Valladolid, en 1919. Reside actualmente en Ceuta. Es Comandante del Cuerpo Jurídico.

Forma parte de la llamada «generación de 1940».

Cofundador de la revista de poesía «Halcón».

Con HOGUERA VIVA se revela como uno de los mejores y más importantes poetas jóvenes de España.

Ha recibido hasta ahora más de 40 premios en poesía, en cuentos, en novela corta y teatro.

Entre sus novelas figuran: UNOS DE POR AHI, premio Ateneo de Valladolid (1964); HA CAIDO UNA PIEDRA EN EL ESTANQUE, premio Sésamo (1960).

En teatro: EL AGUA ENTRE LAS MANOS, premiada en 1959; EL MUNDO ERA DE TODOS, premiada en 1966; LOS HEROES SI MUEREN, premiada en 1967.

Colaborador de «ABC», «Arriba», «El Español», «El Norte de Castilla», etc.

Se le considera como uno de los mejores escritores de cuentos de nuestra nación.

siglo XVI, y en una cueva estrecha, sucia y fea. Mucho polvo. Un pasillo frío, que va desde un hueco disimulado en unas zarzas a caer por unas escalerillas desdentadas, a un antro misterioso, profundo, ascético. Y allí, en aquella cripta iluminada por un cirio, el mago hace sus experimentos. Sobre un atril carcomido, un librote enorme, y encima de una mesa tallada en la misma peña, unas alquitaras y unas marmitas de barro.

Allí pasaba horas enteras el alquimista, trasegando de unas vasijas a otras sus enjuagues, mirándolos a la luz, agitándolos con un palo y hasta quemándose a veces; o pasando los pergaminos de becerro y leyendo muy deprisa en ellos. El alquimista era viejo. Vestía una hopalanda larga, llena de remiendos. Aún no había estrenado el traje nuevo de los aparecidos. La barba, despeinada, atada con un trozo de alambre y manchada de tierra y de ocre. Una cara tiznada y una melena hasta los hombros, completaban la acuarela.

Tenía fama de brujo. Al pasar por las calles de Toledo, las pocas veces que lo hacía, porque era de natural huidizo y hosco, la gente que le veía se santiguaba aprisa; y nadie, por nada del mundo, se atrevía a llegar a las cercanías de la entrada de su cueva. Y hasta hubo alguno que había creído encontrar, en ciertas arrugas de la frente, rasgos de aquel otro hechicero, don Enrique de Villena.

Y sin embargo, el alquimista era un buen hombre, insignificante, plácido y tranquilo, que se llamaba Juan de Dios, y pasaba su vida entre sus crisoles y una docena de discípulos, únicos seres vivientes con los que hablaba el sabio.

Y así, encerrado como un lagarto, estaba también aquel día. Pero cuando llegaron sus discípulos, encontraron al nigromante distraído y pensativo; tan pensativo y distraído, que había dejado apagar la hornilla, y se había echado sin querrer encima de uno de aquellos preparados extraordinarios. ¡Ah! ¡Desde aquel día, Juan de Dios no fue nunca más el mismo! Todos los discípulos lo habían notado, pero sólo uno de ellos —Ranserón se llamaba— se atrevió preguntarle una de las veces que se encontraron solos.

Y el mago, el pobre mago, sin poder contenerse, habló a Ranserón. Le habló con ansiedad, con prisa... El alquimista se había enamorado.

Ranserón le prometió su ayuda. Y aquella misma noche, disfrazado con los vestidos del discípulo, entró en Toledo el mago. Los sonetos que los días siguientes fue escribiendo y mandando Ranserón, con la firma de Juan de Dios, a Leonor —ésta era la dama—, hicieron su efecto. Y un día, el alquimista leyó un billete, temblando...

Lo cierto es que se vieron.

En el atrio de una iglesia fue el encuentro. El discípulo estaba alejado de ellos respetuosa y discretamente. La gente les miraba con curiosidad, intentando deducir por los gestos el tema de aquella conversación...

Pero aquella conversación quedó para siempre entre lo incógnito. Juan de Dios acababa de decir algo trascendental, porque miraba al suelo y retorcía la punta de su barba con nerviosismo, como esperando una respuesta. Pero la respuesta de Leonor fue una carcajada. Luego añadió unas palabras con gesto de burla y, volviendo a reírse, se fue.

El alquimista se quedó inmóvil, paralizado. Ranserón se acercó a él y, cogiéndole de un brazo, le dijo:

—¡Maestro!

Al oír la voz, Juan de Dios reaccionó. Se tiró varias veces de la barba y, sin cuidarse de su discípulo, echó a correr hacia la cueva, y allí se encerró.

Nunca más volvió a verle nadie. Ni Ranserón siquiera. Y nadie supo jamás tampoco lo que había hablado un alquimista y una dama, en el atrio de una iglesia, en pleno siglo XVI. Tampoco lo sabrías tú, si yo no tuviera el cuidado de contártelo todo bien.

Y fue que Juan de Dios la dijo que la amaba, y Leonor, mirándole de arriba abajo, se rio de él. Ya había entonces, como ahora, mujeres vulgares. Y después, volviendo a reírse, le llamó viejo.

Y desde entonces el mago, con ansia de ser joven, se dio a buscar como un loco el elixir de la juventud, y buscándole envejeció, y se murió buscándole, de tal manera, que aún volvía a buscarle después de muerto, y muchos siglos después de muerto.

Pero también pasa el tiempo para los fantasmas. Aquel antro, su cueva, le resultaba ya a la sombra de Juan de Dios, insoportable, primitiva. Necesitaba modernizarse un poco y aceptar los nuevos descubrimientos. Y en uno de sus viajes de fantasma acertó a conocer el laboratorio de Mr. Roberston, se entusiasmó con él y, trasladándose a Nueva York, desde aquel día, todas las noches entraba a trabajar allí, por la ventana que daba al Norte. ¡Oh! ¡Daba gusto trabajar allá dentro!

Y así fue como vino a parar allí el alquimista.

Pero vamos otra vez al laboratorio. Aún seguía el mago trabajando y Mr. Roberston durmiendo... De pronto, el aparecido se puso nervioso, agitado, febril. En sus manos levantaba un matraz con algo rojo que hervía. Se reía cocomo un loco. Decía entrecortadamente:

—¡Eureka! ¡Eureka! ¡Lo encontré! ¡Lo encontré!

Y era verdad. Lo había encontrado.

Pero Mr. Roberston había oído los gritos y se despertó sobresaltado. El mago no se extrañó al verle. Tan preocupado estaba con el elixir que hubiera visto derrumbarse el mundo y no se hubiera extrañado tampoco. Como la alegría necesita comunicarse, vertió en un crisol parte del líquido y se lo ofreció a Mr. Roberston diciendo:

—¡Bebed!

La mano de Mr. Roberston cogió aquello temblando. Pero el aparecido, al verle sobrecogido, temeroso y angustiado, lo explicó todo. Y con aquella facilidad que tienen los fantasmas para convencer en las grandes ocasiones, consiguió que Mr. Roberston le creyera. Y ante la pintura que le había hecho el aparecido de la juventud eterna y de la alegría de vivir, le desapareció el temblor y, levantando los dos a un tiempo y chocando en el aire el matraz y el crisol, brindaron. Fue un brindis exótico, casi de ultratumba.

Bebieron los dos a la vez. El líquido, hirviendo como estaba, atravesó sin tocarle el cuerpo de mentira del alquimista, y fue a extenderse por el suelo. Se había olvidado otra vez de que era una sombra. Y tirándose con furia de la barba larga, lívida y azul, fue diluyéndose, afilándose, convirtiéndose en humo, luego en luz... y desapareció.

Entre tanto, Mr. Roberston se revolvía en el suelo, hasta que dio un grito y quedó muerto. El elixir de la juventud no estaba hecho para hombres de carne, y le había abrasado las entrañas.

Pero sin enfadarse nunca, desde entonces, diariamente volvían dos fantasmas a aquel laboratorio: el alquimista y Mr. Roberston. Uno, a seguir buscando el elixir de la juventud; otro, a continuar sus experimentos. Aquél, cuando lo encuentre, se dará cuenta de que es mucho más viejo todavía, y al no ver a Leonor querrá morirse. Y Mr. Robertson, cuando vea realizados sus experimentos, se percatará de que, estando muerto, no le sirven para nada. Es que mister Roberston era un hombre extraordinario.

Y ahí tienes explicado por qué la policía de Nueva York andaba tan revuelta, y por qué no se hablaba en el mundo de otra cosa que de dos sombras que en un laboratorio se pasaban la noche haciendo experimentos...